

Maestra por el segundo de los caminos que acabo de mencionar, o el de Palma Mocha, por el camino nuevo, para caer después sobre el río La Plata.

La amenaza potencial de esta fuerza en Palma Mocha, adquiriría significación adicional en caso de que el enemigo intentase alcanzar el firme de la Maestra desde el Norte, bien mediante el avance ulterior de la tropa llegada a Santo Domingo o bien mediante el ingreso de una nueva fuerza procedente de El Cacao o de El Verraco que cruzara hacia los cabezos del río Yara por San Francisco o La Jeringa. La primera posibilidad parecía ya a la altura del día 21 bastante improbable, como resultado de las posiciones de contención colocadas alrededor de la fuerza enemiga en Santo Domingo. Pero quedaba latente la segunda variante que, por obvia, siempre fue tenida muy en cuenta por nosotros en la planificación. En este momento yo pensaba colocar en el alto de la Maestra, en el punto donde cruzaba el camino de Palma Mocha, a Cuevas y su gente, con lo cual quedaría garantizada la protección de esta vía en las dos direcciones.

En cuanto al acceso que brindaba el camino nuevo de Palma Mocha sobre la retaguardia rebelde en El Naranjal, la decisión de Paz de utilizar a la escuadra de Álamo era correcta. Sin embargo, el emplazamiento exacto de la emboscada podía ser revisado, para lo cual le mandé a decir a Paz que yo iría personalmente para ubicar e instruir a Álamo en la primera oportunidad que tuviese.

Con estas medidas —además de la ubicación por el Che del personal de Raúl Podio, que había estado cuidando la playa de El Macho, en el alto de Cahuara con instrucciones de vigilar todo el firme al oeste del río La Plata hasta lo más cerca posible del mar, y del envío de una posta a cuidar un difícil camino de a pie que subía de frente desde Jigüe—, la disposición defensiva del sector sur quedaba asegurada. En el largo mensaje que envié a Paz al mediodía del sábado 21 de junio, detallaba todas estas posiciones y le incluía unas apreciaciones que es bueno citar ahora porque sirven de anticipo de lo que iba a ocurrir en las semanas siguientes:

Desde luego, que hay puntos por ahí, donde si los guardias se meten, lo mejor sería dejarlos, para acabar con ellos ya que los refuerzos podrían ser cortados por completo. Hay que esperar esa oportunidad, algunas de las cuales se han presentado ya, no pudiéndose aprovechar por falta de personal armado.

De ahora en adelante hay que matarles la vanguardia dondequiera que se presenten. La línea ahora, por la Maestra, desde el Frío, hasta el camino P [Palma] Mocha-Santo Domingo, estará muy difícil de atravesar. El martillazo grande debemos buscarlo por el Sur.

Si logramos llevar adelante estos planes, será una gran victoria, aparte de que podremos conservar la planta de radio y el territorio base de aprovisionamiento de armas.

Pero el día 21, la fuerza enemiga del comandante Quevedo, a la que se le dejó expedito el avance en dirección a El Naranjal, emprendió la retirada de La Caridad de regreso a su punto de partida en la costa. Al parecer, el jefe del Batallón 18 decidió que la resistencia ofrecida por los rebeldes a los dos intentos de alcanzar el firme de La Caridad era lo suficientemente bien organizada como para impedirle ese objetivo. El propio Quevedo escribió después que pesaron también en su decisión el hecho de que los mulos que transportaban la comida de la tropa se despeñaron y que, aun superando la dificultad de la emboscada rebelde: "no íbamos a tener caminos para continuar".

Como justamente evaluaba Paz en el mensaje en el que informó de estos acontecimientos en la tarde del día 21, "[...] siempre que ellos traten de subir por un lado y se les haga retroceder es una victoria nuestra pues se les extravían los planes y ven que no es muy fácil cruzar por sobre nosotros".

En definitiva, al día siguiente las dos compañías del Batallón 18 reembarcaron y descendieron por segunda vez, en esta ocasión en la desembocadura del río La Plata, donde había establecido campamento la Compañía G-4.

En la noche del 21 de junio informé a Paz que debía subordinar bajo su mando a todo el personal que operaba en el sector sur, decisión que comu-

niqué a Pedro Miret, René Rodríguez, Dunney Pérez Álamo, Raúl Podio y demás jefes de escuadras o grupos estacionados en diversas posiciones. De todos los cuadros con que contábamos en el sector sur, Ramón Paz era el que había demostrado no solo más capacidad como táctico y organizador, sino también mayor decisión y combatividad. Era, sin duda, el jefe idóneo para ese momento y ese lugar, donde ya cabía prever la posibilidad de dar un primer golpe contundente al enemigo.

Al día siguiente, domingo 22 de junio, bajé de La Plata hasta Puerto Malanga. Allí me esperaba Álamo para ir conmigo hasta la posición precisa en el firme de Palma Mocha donde yo consideraba que debía ubicarse. Aproveché el recorrido para conocer de manera directa mayores detalles acerca de lo ocurrido el día 20 en la playa de La Plata, ya que me parecía muy deficiente la actuación de nuestras fuerzas en oposición al desembarco enemigo e insatisfactorias las explicaciones dadas hasta ese momento. De ahí mi insistencia durante estos días en reivindicar aquella pobre actuación con una resistencia firme y efectiva al avance que seguramente emprenderían muy pronto los guardias por el camino del río La Plata. A eso me refería en el mensaje que le envié a Paz en la mañana del 24 de junio:

Sobre el aspecto táctico, te recomiendo que además de vigilar bien cualquier punto de entrada al Naranjo [El Naranjal] desde las lomas, insistas con Pedro [Miret] en la necesidad de defender el camino de la Playa para tratar de que el enemigo no llegue al Jigüe. Aquella gente, con minas solamente podría detener al Ejército en ese camino.

En ese mismo mensaje le comunicaba la decisión de trasladar para la zona de Santo Domingo a la escuadra de Roberto Elías y a la escuadra con la calibre 50 de Braulio Curuneaux, la primera, porque la posición que ocupaba en la zona de El Jubal perdía importancia tras la ubicación de Álamo en el camino nuevo de Palma Mocha y de Cuevas en el firme de la Maestra; y la segunda, porque no era imprescindible para la defensa del camino del río y, en cambio, podía desempeñar un papel significativo en el cerco que planeábamos hacerle a la tropa enemiga de Santo Domingo.

Esta ametralladora había participado la noche anterior en una incursión organizada por Pedrito y René contra el campamento enemigo en la desembocadura de La Plata, durante la cual se dispararon tres obuses de mortero, 70 tiros de calibre 50 y cierta cantidad de disparos de fusil, con efectos indeterminados. Tras la acción, el personal regresó a sus posiciones sobre el camino del río a la altura de la boca de Manacas, donde había sido preparada nuestra pista aérea.

El martes 24 de junio, las dos compañías del Batallón 18 que habían desembarcado primero en Las Cuevas y que, en definitiva, habían reembarcado en ese punto y desembarcado nuevamente en la playa de La Plata, el día 22, para unirse a la unidad ya estacionada allí, iniciaron su movimiento hacia el interior de nuestro territorio a lo largo del río La Plata, desde su desembocadura. Los guardias no encontraron resistencia hasta que llegaron a la boca de Manacas, donde poco después del mediodía chocaron con la emboscada rebelde. Ocurrió un breve combate con el sorprendente resultado de que nuestra fuerza se retiró hasta Jigüe y dejó libre el camino al enemigo, en flagrante desestimación de la consigna de defender el terreno palmo a palmo.

En el parte que me mandó ese mismo día Pedro Miret sobre esta acción refirió una improbable cantidad de 11 bajas fatales hechas al enemigo, y justificó la retirada con el argumento de que las posiciones rebeldes estaban a punto de ser copadas, lo cual tampoco parecía probable dadas las características del terreno en el lugar donde tenía efecto la escaramuza.

Puede comprenderse fácilmente la decepción que sentí al recibir las primeras informaciones sobre este hecho. De inmediato, antes de conocer el informe de Miret, despaché al amanecer del día 25 el siguiente mensaje a Paz, que cito en extenso porque me parece que explica con exactitud lo que hacía días estaba tratando insistentemente de llevar al ánimo de los capitanes rebeldes que actuaban en el sector:

Aunque no he recibido todavía el informe de Pedro [Miret], e ignoro el punto exacto donde va a situarse, me adelanto a exponerte, que no deben situarse en el mismo caserío de Jigüe, sino lo más abajo posible, para hacerles la resistencia en el río que es inexpugnable. Yo estoy seguro de que si defienden el río bien, ellos [los guardias] no pueden avanzar, y tendrán que intentar entonces avanzar por el firme donde está Podio, donde solo pueden usar mulos al principio y después seguir a pie por un trillo muy malo, o inventar otra ruta.

Pedrito debe buscar en el río una buena posición estratégica, de esas que están entre farallones y allí hacer buenas trincheras de piedra, poniéndole techo de doble hilera de troncos con piedras arriba, contra la que nada pueden los morteros, única arma con la que pueden intimidar un poco a los defensores. En los sitios donde sea posible las trincheras deben hacerse cavando en tierra porque siempre son mejores, pero siempre poniéndoles techo, como las que tenemos aquí [en la zona de La Plata y el firme de la Maestra].

Después de la primera línea, deben preparar otra y así sucesivamente.

Insisto en esto, porque sé que es el único método correcto de hacer la resistencia. Si la gente usara nada más que un poco la inteligencia yo te aseguro que sería suficiente. Desgraciadamente suele ocurrir así muy pocas veces.

Mi impresión es que esos guardias no pueden sentirse muy decididos a subir por ese río. Van a inventar alguna vuelta y se les puede hacer lo mismo que tú les hiciste en la Caridad.

El día 25 los guardias ocuparon Puralón sin encontrar resistencia. La línea rebelde permanecía detrás de Jigüe, con lo cual, de hecho, se dejaban libres más de tres kilómetros de río y de camino en los que había infinitas posibilidades de desgastar y, hasta quizás, detener el peligroso avance enemigo hacia el interior de nuestro territorio. La creciente insatisfacción que sentía por el desempeño de la defensa rebelde en la zona del río La Plata me hizo tomar la decisión ese mismo día de bajar hasta el frente a inspeccionar personalmente la situación. Como resultado de este recorrido, dispuse esa noche relevar a Pedrito y a René del mando del personal del río La Plata y designar en su lugar al segundo de Paz, Fernando Chávez, *El Artista*, a quien ascendí en ese momento al grado de teniente, y le ordené reorganizar la primera línea de defensa lo más abajo posible y cerca de Puralón. La escuadra de Podio en el firme de Cahuara quedaba también subordinada a Chávez; este, a su vez, lo estaba a Paz, quien seguía siendo el responsable de todo el sector.

Miret cumplió disciplinadamente, de inmediato, mi orden de trasladarse con el personal del mortero a la casa del Santaclarero en La Plata. René, en cambio, dilató la entrega de su fusil a Chávez y su subida a La Plata, como yo había dispuesto, por lo que dos días después ordené que se presentase o fuese conducido en calidad de preso a Puerto Malanga.

Al amanecer del 26 de junio, Chávez partió a asumir su mando y cumplir las instrucciones. Llevaba indicaciones precisas de preparar sucesivas emboscadas a lo largo del camino del río cada 500 ó 600 metros, tomando en cada caso las medidas convenientes para asegurar su retaguardia y garantizar su retirada y, si los guardias lo obligaban a retroceder hasta Jigüe, una vez llegado a ese punto, retirarse en dirección al alto de Cahuara y preparar una sólida línea de defensa en el firme. La intención de este último movimiento era doble: por una parte, tapar el acceso a la Maestra por esa vía y, por otra, poder utilizar a esa fuerza para atacar por la retaguardia a los soldados en caso de que prosiguieran su avance por el río La Plata en dirección a El Naranjal y chocaran allí con la emboscada de Paz.

Pero el enemigo no dio tiempo para poder ejecutar estas órdenes, pues también al amanecer del 26 las dos compañías al mando del comandante Quevedo reiniciaron la marcha río arriba, y en la tarde llegaron a Jigüe. Al alcanzar ese lugar, el enemigo había logrado situarse aproximadamente a mitad de camino desde la costa al alto de La Plata.

(Continuará)